

cialmente he tenido el apoyo valioso de mis superiores y, además, unas disposiciones nuevas francamente bien orientadas. En todo caso, he notado un solo fallo: la falta de horas; tres o cuatro horas más al día para dedicarlas a la provincia de Madrid.

—¿Qué asuntos más urgentes hubiera usted deseado resolver este año que va a terminar y que no ha resuelto?

—La provincia de Madrid está ansiosa de agua, está sedienta. Hemos comenzado a resolver este problema, que exige varias etapas. Los abastecimientos pequeños ya son realidad en muchos pueblos; pero la Sierra de Madrid requiere un vasto plan de obras, cuya primera fase —estudios, proyectos, aprobación plenaria, etc.— ha sido terminado felizmente y espero que la solución definitiva, con las obras en pleno funcionamiento, no ha de tardar.

—¿Qué opina usted de nuestra provincia?

—Siempre he dicho que nuestra provincia es algo excepcional en muchos órdenes: tierras llanas con aceptable producción de cereales; vegas fértiles como pocas —ahí está la ribereña de Aranjuez—; industrias fuertes y cada día más pujantes; paisajes maravillosos con rutas sentimentales dentro de nuestra Historia. Y si bien es cierto que muchos de sus pueblos presentan facetas de pobreza, ello también ocurre en otras provincias españolas, si bien no hay que olvidar que, gracias al Movimiento salvador, muchos de estos núcleos rurales, dentro de muy poco, serán bien distintos a lo que son ahora.

—¿Cree sinceramente que es digna para la capital de España?

—Desde luego; no hay que olvidar que nuestra provincia tiene categoría excepcional, como lo indican estos nombres: El Escorial, Aranjuez, Alcalá de Henares, la Sierra y tantos otros lugares que evocan muchos de los acontecimientos patrios.

—Señor Presidente, por favor, ¿podría comparar nuestra provincia respecto a otras?

—Siempre se ha dicho que las comparaciones son odiosas, y, por tanto, se debe huir de establecer equivalencias, mucho más cuando las provincias españolas tienen todas su característica propia. Amo tanto a Madrid y al resto de España, que quisiera para esta tierra madrileña, que es la mía, lo bueno que atesoran las demás, y para éstas, lo mucho bueno que tiene Madrid.

—¿Qué desea que le echen los Reyes Magos para su provincia?

—Más dinero; así podría acometer muchas más obras que están esperando que les llegue el turno impuesto por la escasez de numerario.

—¿Cree sinceramente que el «Día de la Provincia» es una buena medida?

—Sí; creo que es una buena medida porque contribuye a exaltar los valores de una región, haciéndoles llegar ante el gran público indiferente. Tengo la seguridad de que nuestra provincia es más conocida desde que se instituyó esta fiesta, que ha merecido el honor de ser creada por

otras Diputaciones. Además, estimo que los pueblos, exaltados, se crecen al verse en primer plano y se superan individual y colectivamente. Esto no quiere decir que el «Día de la Provincia» no exija determinadas transformaciones, que todos los años establecemos y que estableceremos para 1958.

—¿Me puede confesar, por favor, sus proyectos a realizar para el año que viene?

—Terminar los abastecimientos de aguas iniciados; realizar las obras públicas precisas; repoblar forestalmente las zonas proyectadas; concluir el plan de instalaciones de bibliotecas y de expansión cultural; continuar nuestra ininterrumpida labor benéfica; en pocas palabras, cumplir nuestro deber, animados del mejor espíritu y voluntad de servicio, fieles en todo momento a las normas trazadas por nuestro Caudillo.

—¿Cosas nuevas en cartera, señor Presidente?

—Una: dotar a la provincia de un modernísimo y eficiente servicio de extinción de incendios.

—¿Se siente bien ayudado o necesita algún cable?

—No, porque cuento con una excelente colaboración.

—¿Hay algún proyecto conjunto entre usted y el señor Alcalde para elaborar el futuro «Gran Madrid»?

—Concretamente para esto del «Gran Madrid» no se ha pedido mi concurso como Presidente de la Diputación. Sin embargo, laboro en esta gran tarea a través de la Comisaría General de Urbanismo y, personalmente, hago llegar mi opinión a quien tiene facultades para decidir en esta importante cuestión.

—¿Se incorporarán más pueblos cercanos a la capital?

—Creo que por el momento no habrá nuevas anexiones a Madrid, pero hablo un poco de memoria, ya que este problema no compete a la Diputación y sí a otros Organismos.

—¿Considera resueltos los problemas más vitales para los pueblos?

—Aún no se ha llegado a la meta; sin embargo, los pasos que se han dado tienen gran alcance. La nueva ley de Régimen Local establece unas preferencias de obras que se están cumpliendo exactamente, y cuando se satisfagan, pocos problemas quedarán pendientes.

—¿Qué les falta, señor Presidente?

—Todo aquello que está sin hacer y que nosotros intentamos efectuar.

—Señor Presidente, ¿alguna última cosa que decir?

—Mi satisfacción por la transformación que se está operando en la provincia de Madrid, y que nos alienta a proseguir en nuestras tareas hasta que esta alegría que sentimos ahora no tenga el punto amargo de lo que falta todavía por realizar.

—Muchas gracias, señor Presidente.

José María LOPEZ APARICIO



FOLKLORE DE LA PROVINCIA DE MADRID

NOCHE VIEJA Y AÑO NUEVO en algunos pueblos madrileños

EN el número de CISNEROS del año anterior, correspondiente a estas fechas, hicimos una crónica sobre las curiosas e interesantes fiestas típicas con que el folklore de la provincia madrileña celebra las solemnidades de la Nochebuena y Navidad. Este año queremos ocuparnos de la celebración de la Noche Vieja y Año Nuevo, aquellas de determinados pueblos que, por su singularidad y exotismo, tan curiosas e interesantes como aquellas otras, deben de ser conocidas y divulgadas para que tengan la estima y admiración que merecen.

Noche Vieja y Año Nuevo hemos dicho, y fiestas son éstas, nominadas así, más propias —exclusivas,

diríamos mejor— de ciudades, poblaciones y capitales, contaminadas de mundanismo, de la ola de disipación, frivolidad y hasta paganismo, diríamos, que agita al mundo; mejor que de los sencillos pueblos donde, por fortuna para ellos, aún se respira —y se vive— el aroma de las costumbres sanas y limpias, candorosas e ingenuas, cuyo valor moral es inapreciable por ser superior a toda ponderación y valuación. Y cuenta que siempre tienen una ampliación de expansión juvenil, pero siempre también, como todas sus costumbres, son castas y limpias.

Si se dice en ellos Noche Vieja y Año Nuevo, es más bien y sólo porque se celebran entonces; pero

tanto una como otra, tradicionales y antañonas, conservan su viejo y rancio sabor y son en honor del Niño Dios, y así, una y otra se dicen «fiestas del Niño».

Como las celebra Navalagamella, además de típicas, son regocijadas y pintorescas por extremo. Los «mayordomos» del Niño —que son cuatro— acarrear en el día último del año gran cantidad de leña, que amontonan en el centro de la plaza para la gran fogata de la noche. Como en los pueblos se cena pronto y sin grandes complejidades ni complicaciones, la cena termina muy antes y con antes del conticinio; quiere decirse que una hora u hora y media antes de las doce, la gente ha podido echarse a la calle y congregarse en la plaza, donde ya se encuentra un gaitero con cuatro mozos danzantes, uno por cada mayordomo, que lo ha elegido y presentado. Y cuando ya está el pueblo reunido prenden fuego a la enorme pira y a su colosal luminaria, y a las dulces melodías de la gaita, ensayan aquéllos, gaitero y danzarines, las danzas y bailes que van al día siguiente a trenzar y destrenzar ante el Niño, danzas primas y bailes primitivos, que tienen mucho de rito litúrgico, en su inocente e ingenua paganía; porque en el fondo, y aun en la forma, no dejan de carecer de una fuerte virtud de religiosa adoración.

La alegría y la sana diversión cunde hasta que, consumida casi la lumbrarada, dan las doce, y la gente se dispersa, camino de sus hogares, donde poco después reciben las mozas el galano y gentil homenaje de los mozos que, divididos en cuatro grupos, capitaneados, respectivamente, por uno de los danzarines, se disgregan por el pueblo cantando de casa en casa, del distrito que les fué señalado, villancicos donde se celebran, loan y ensalzan los principales misterios del gran Misterio, y coplas amorosas y canciones alegres con alusiones ingeniosas e irónicas, que son muy celebradas y aplaudidas. En todas las casas son agasajados con dulces y vinos, y aún licores, y cuando se ha dado fin al itinerario, ya bien de madrugada, se retiran a descansar hasta la fiesta del día siguiente.

La cual comienza con una misa solemne, presidida por las autoridades, acompañadas de los mayordomos que van portando en la mano un gajo sombrero de anchas alas adornadas con cintas de muchos colores, símbolo e insignia del cargo. Cerca de éstos y fronteros a ellos, se colocan los cuatro cabezas de danza, indumentados de rara y original manera y con sombreros semejantes a los de los mayordomos.

Terminada la misa, se organiza la procesión con el Niño, que es portado por los mayordomos, marchando delante los danzarines con el gaitero, el cual no ha de

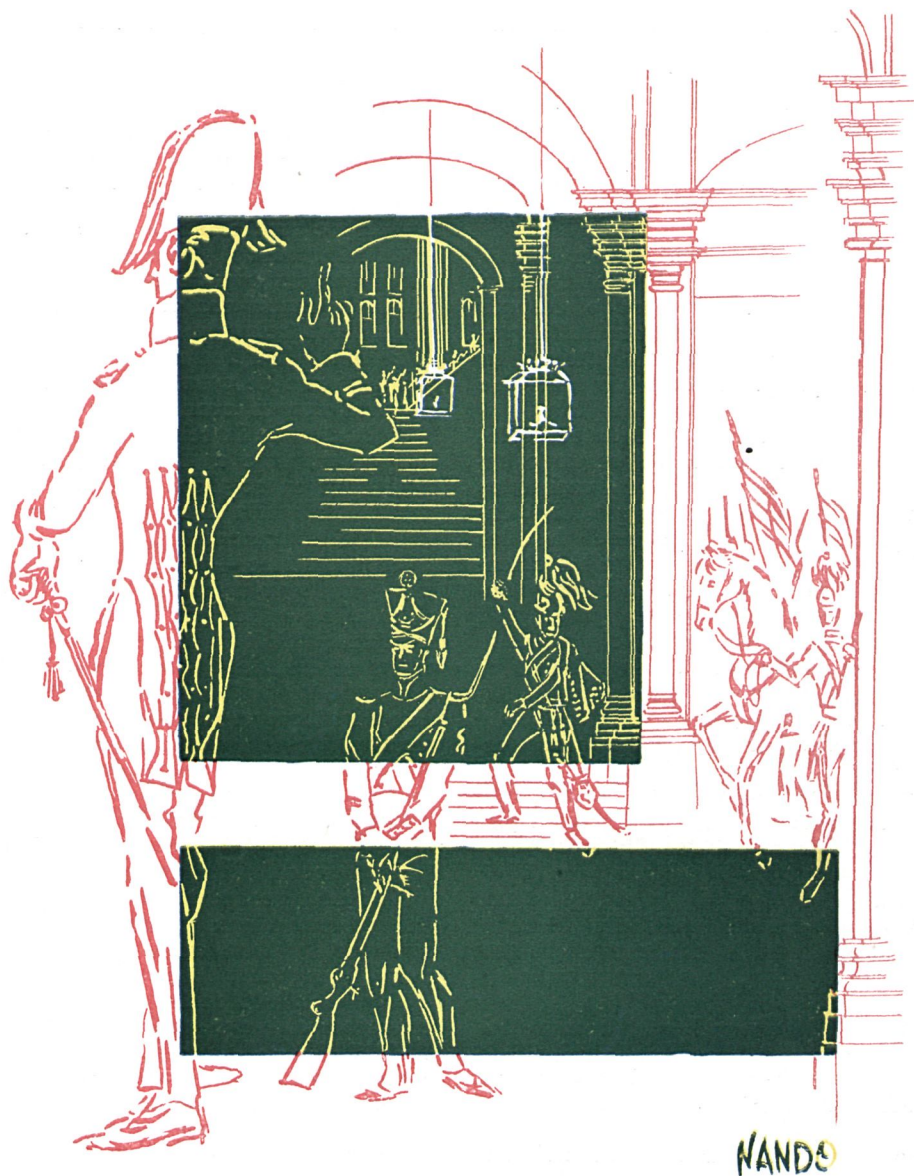
dejar de tañer su dulzón instrumento un solo instante, como aquéllos tampoco han de interrumpir un segundo sus danzas —en uno y en otros cabe, y hasta se ve mejor, que varíen, en lugar de siempre la misma— durante toda la procesión, bajo pena de la pena que luego se les acordare; labor durísima, de la que acaban rendidos y sudando a chorros por todos sus poros. Bien es verdad que al final son recompensados y premiados con un espléndido convite, donde restauran ampliamente sus fuerzas con los exquisitos dulces de fabricación indígena y casera, a los que hacen adecuado contrapunto ricos vinos de la tierra, servidos en jarras, donde no se calibra la densidad y amplitud del trago, que, el menor, las deja mediadas.

Al día siguiente, con igual indumentaria e idéntica ceremonia, vuelven a recorrer el pueblo pidiendo, también de casa en casa, el aguinaldo, y echando, de paso, en plena calle, ante la puerta, un bailecito con la moza, que es lo que a ésta más le agrada, máxime si el galán es de su particular afecto. Y mucho más, y a toda la comunidad del elemento joven, el baile que sigue a la cena que se tiene el día 3 con todo lo que se reunió del petitorio del aguinaldo; cena a la que, naturalmente, asiste toda la juventud de uno y otro sexo.

Esto del aguinaldo del Niño se tiene también en San Mamés de una manera muy semejante, siendo digno de destacarse una particularidad, y es que lo obtenido en el aguinaldo, que casi todo es especies, se deposita ante una pequeñísima y antigua imagen y se subasta públicamente; y con sus ingresos se sufragará la cena, habiendo antes separado el importe de un hachón de cera que todos los días del año ha de encenderse en el altar del Niño Jesús.

LUCAS G. HERRERO





CUANDO FERNANDO VII USABA PALETÓ

El audaz intento de secuestro de Isabel II

EL ATAQUE A PALACIO Y OTROS PORMENORES

ENTRE los secuestros e intentos de secuestro realizados contra soberanos y príncipes, destaca, por su audacia, el llevado a cabo por un grupo de conspiradores contra la persona de Isabel II, hija de Fernando VII, cuando aquélla sólo contaba con once años de edad.

Obligada a abdicar la Regencia e impuesta a sus hijas, doña Isabel II y la infanta María Luisa Fernanda, una tutela que le era odiosa, la reina madre, doña María Cristina, lanzó desde el destierro su famoso manifiesto protesta, que hizo el efecto de un botafuego y decidió a muchos generales, y a gran parte de la aristocracia y del clero, y al partido moderado, a una acción inmediata para devolver sus derechos a la madre desposeída y reintegrar a los elementos conservadores en el poder.

Inicióse la revolución en Palacio, dimitiendo sus cargos la Marquesa de Santa Cruz y trece damas Grandes de España. Y entre un grupo de generales ardorosos surgió la idea, bien pronto puesta en práctica, de apoderarse vio-

lentemente de la persona de la reina niña y ponerla al frente de los ejércitos sublevados.

EL ATAQUE A PALACIO

Al decaer la tarde del 7 de octubre del año 1841, el Regimiento de Infantería de la Princesa, sacado de su cuartel por el general don Manuel de la Concha y por sus jefes, penetraba en Palacio por la Puerta del Príncipe y, como contara con la connivencia de la guardia exterior, que desde luego fraternizó con él, dió por hecha la toma de Palacio y por logrado el rapto de la reina niña, y prorrumpió en atronadores vivas a María Cristina.

Acometieron los invasores la escalera para llegar a la estancia regia, y su sorpresa fué indescriptible al ser recibidos a tiros y al encontrarse con una resistencia tanto más terrible cuanto era inesperada.

El general Córdova, testigo presencial de lo que suce-

dió después, describe en sus Memorias el cuadro que presentaba el vestíbulo de coches, de donde arranca la escalera. Los gritos, las voces de mando y las imprecaciones y ayes de los heridos, confundíanse en inmenso clamor. En la meseta donde solían situarse los suizos (1), hallábase don Manuel de la Concha con los jefes y algunos oficiales del Regimiento, el duque de San Carlos, de paisano, y el conde de Requena con el uniforme de gentilhombre.

Concha, mariscal de campo a la sazón, vestía larga levita y esgrimía una espada desnuda.

También formaban parte del corro don Ramón Nouvilas, Lersundi, Rabanet y Fulgosio, el cual llevaba puesta una capa destinada a envolver a la reina cuando, después de arrebatársela de Palacio, fuera conducida por él a la grupa de su caballo. Era preciso, según Concha, tomar en seguida la escalera o morir, porque antes de un cuarto de hora tendrían encima toda la guarnición y la milicia.

Concha se dirigió hacia la escalera, inundada de soldados. La segunda compañía de cazadores del segundo batallón, mandada por el teniente Boria, ocupaba casi todos los escalones y se lanzaba nuevamente al ataque, dividiéndose la tropa en la primera meseta y tomando los dos tramos a derecha e izquierda, pero la fusilaban sin defensa los alabarderos situados en lo alto; al subir los soldados, recibían el fuego, de espaldas primero y en seguida de frente, sin poder hacer uso de las armas.

¿Qué había ocurrido para provocar defensa tan inesperada? Cuando los invasores, al hacer su irrupción en Palacio, prorrumpieron en vivas a María Cristina, hallábase en el regio alcázar el entonces coronel Dulce, quien, escuchando las aclamaciones, comprendió en el acto de lo que se trataba y, con admirable presencia de ánimo, hizo cerrar a toda prisa cuantas puertas daban acceso al piso principal, organizando la defensa con los dieciocho hombres que constituían el zaguante (2) de alabarderos.

El brigadier don Juan de la Pezuela, viendo el apuro de los conjurados, fué en busca de don Diego de León, dirigiéndose solo a su propia casa, donde le esperaba este general, que era en Madrid el jefe más caracterizado del movimiento.

Entre tanto, el general Córdova y Lersundi, convencidos de la imposibilidad de ganar la escalera principal, declararon que lo más urgente o indispensable era subir a Palacio por cualesquiera de las otras puertas y escaleras. San Carlos, que era gentilhombre y conocía bien la casa, indicó una escalera no muy distante. Por ella se envió una sección, mas se encontró la puerta cerrada y guardada por algunos alabarderos.

El desaliento cundía en las filas de los asaltantes. Aturdidos todos y sin saber qué partido tomar, las órdenes, las opiniones y los deseos se contradecían y chocaban. Las compañías de la Princesa que guardaban las puertas exteriores, juntamente con los soldados de la guardia mandados por Marqués, que habían tomado la Armería, se tiroteaban con las fuerzas de Nacionales establecidas en la plaza de Oriente, en el Ministerio de Marina, en el pretil de la calle del Viento y en las adyacentes.

Veamos ahora lo que ocurría en las habitaciones interiores de Palacio durante la noche del 7 de octubre. Contra su costumbre, ni la reina, ni su hermana la infanta habían salido de paseo, por recomendación del médico. Cuando sonaron las primeras descargas acababa de comenzar la reina su lección de canto y se hallaba rodeada de su habitual acompañamiento. El aya, doña Juana Vega de Mina, fué la primera que penetró con noticias de lo que sucedía. Esta señora, al oír el ruido de las armas desde su cuarto, se lanzó valerosamente por la llamada escalera de damas, preguntó a un alabardero lo que pasaba y, a todo correr, llegó a la escalera principal, atravesó por entre los alabarderos y sufrió la primera descarga de los soldados.

Milagrosamente ilesa, atravesó la galería del Camón y

entró en la habitación regia, donde halló a Su Majestad trémula y espantada, y a la infanta Luisa Fernanda, acometida de una especie de convulsión. La reina preguntó entonces:

—¿Son facciosos? ¿Qué quieren? ¿Es contra nosotros? ¡Quiero que me digan la verdad!

Las señoras y el maestro de canto cerraron puertas y balcones con llaves y cerrojos y llevaron a las personas reales a la inmediata alcoba de la reina, donde se logró, después de mucho tiempo, que se acostaran vestidas, sin cenar e ignorando lo que ocurría.

Por una ventana penetró una bala que, de no haberse aplastado contra una visagra, hubiera ido a chocar en la cama de la reina, y entonces, no considerando seguras a las niñas, las llevaron a un pasadizo inmediato, en el que acabaron de pasar la noche sobre un colchón, donde se durmieron en cuanto cesaron los disparos.

Cuéntase que la reina dijo varias veces que quería enviar un mensaje a Espartero, el Regente, para que se presentara en seguida.

Hacia la media noche resonó un inmenso vocerío en la plaza de la Armería.

«Al acercarme —dice el general Córdova en sus Memorias— vi llegar un numeroso grupo de soldados levantando al aire sus fusiles, poseídos del mayor entusiasmo, y rodeando, más bien que siguiendo, a un húsar, cuya roja pelfiza se destacaba sobre sus uniformes oscuros. Era don Diego de León. A su lado venía don Juan de la Pezuela. Aunque sabedores de todo, los dos grandes soldados, y ya persuadidos del mal éxito de la empresa, venían noblemente a seguir la suerte de Concha y de los suyos y a salvarse o perecer con ellos.

»Reunimos entonces una especie de consejo, que resolvió en el acto tratar de establecer un parlamento con los impertérritos defensores de la escalera, para que supieran y conocieran las intenciones que a los invasores animaban, que no eran otras que la de salvar la Monarquía de la revolución y oponerse a su total desbordamiento, restaurando la regencia de doña María Cristina.

»Mandó Diego de León, en vista de esto, suspender enteramente el fuego y dió la orden a un corneta para que subiera sólo la escalera tocando llamada de honor; más aunque no fué hostilizado, nadie contestó desde arriba ni acudió al toque, a pesar de que se repitió varias veces. En su vista, volvimos nuevamente a reunirnos y allí convinimos que aquello era un golpe enteramente frustrado.»

Concha, con Diego de León, Pezuela, Marqués, Nouvilas, Lersundi y otros jefes de la Princesa, resolvieron retirarse con el Regimiento y tomaron el camino de El Pardo, pero antes de llegar a San Antonio de la Florida, los húsares cargaron y dispersaron la tropa, ya desmoralizada y desalentada.

Los jefes del movimiento se separaron a favor de la noche, para sustraerse a las venganzas del vencedor.

Cerca de Aravaca fueron alcanzados y hechos presos el brigadier Quiroga y el conde de Requena, los cuales estuvieron escondidos catorce horas en los serones de carbón que llevaban unos carreteros. Igual desgracia sufrieron el coronel Fulgosio y los tenientes Manuel Boria y José Gobernado; pero no pudieron ser habidos los demás comprometidos. El consejo de guerra, que se constituyó permanentemente, condenó a todos estos jefes a ser pasados por las armas. Don Diego de León fué apresado cerca de Colmenar Viejo. Tres días después eran fusilados el brigadier Quiroga, el coronel don Dámaso Fulgosio, el teniente Boria y el subteniente Gobernado.

Montes de Oca, ministro de Marina y Comercio que había sido el año anterior bajo la presidencia de don Evaristo Pérez de Castro, fué detenido por los miñones (3) en un mesón de Vergara y se le fusiló a las cuarenta y ocho horas por orden de Zurbano. Por último, en Zaragoza, cayó bajo el plomo de un pelotón de nacionales, Borsó di Carminato, otro de los comprometidos en el movimiento general que en otras partes de España había de secundar el golpe de mano intentado en Madrid.

E. MENDEZ-CONDE

(1) Soldados de infantería. Los suizos principiaron en España, dice Vallecillo en sus comentarios a las Reales Ordenanzas, con dos regimientos levantados en Barcelona en mayo de 1718, con destino a la expedición de Sicilia, el uno con el nombre de «esguízanos» y con el de «grisonés» el otro. Dejaron de existir por Real Ordenanza del 30 de junio de 1835.

(2) Escolta de guardias de Corps primeramente, y de alabarderos posteriormente, que acompañaban, precisamente a pie, a las personas reales y se colocaban en la escalera y zaguán cuando bajaban a tomar el coche.

(3) Soldado de tropa ligera destinado a la persecución de ladrones y contrabandistas o a la custodia de los bosques reales. Sus orígenes se encuentran en los almogávares, y en tiempos de Felipe IV se les mencionaba con encomio.

VIZCAYA ha sido siempre cuna de buenos periodistas, de hombres de corazón y de talento, no sólo de marinos, armadores de barcos, industriales, negociantes y mineros. Para demostrarlo bastará con tres nombres contemporáneos, tomados al azar en el fecundo campo de nuestras letras: Miguel de Unamuno, José Antonio de Zuzunegui y Luis Antonio de Vega.

Antonio de Trueba fué un escritor popularísimo de la España liberal, en la segunda mitad del siglo XIX. Había nacido en Montellano, y después de muchos años de residencia en Madrid, murió en Bilbao en 1889.

Era hijo de modestísimos labradores, quienes lo enviaron a la Corte por falta de recursos, a casa de unos próximos parientes suyos, tanto para librarle de los riesgos de la guerra carlista como para que se abriera paso en el comercio capitalino como dependiente. Tenía entonces quince años y se colocó en una ferretería. En los escasos huecos que su empleo le dejaba libre, leía sin descanso cuantos libros y periódicos caían en sus manos, que él asimilaba en un acervo caótico y multiforme. Tales fueron los comienzos modestos del que andando el tiempo había de ganar fama con sus escritos literarios, haciendo amistad entrañable con muchos artistas e intelectuales de su época.

Como casi todos los grandes escritores españoles de la época moderna, ejerció el periodismo intensamente, hasta el punto de que en las hojas volanderas de los periódicos y en las algo más reposadas de las revistas, vieron la luz de la publicidad grandes fragmentos de muchas de sus obras.

Antonio de Trueba fué redactor de «La Correspondencia de España» y asiduo colaborador de «La Ilustración Española y Americana», «El Museo Universal» y «El Semanario Pintoresco Español». El mismo nos lo cuenta en sus «Memorias»: «Por fin dejé el comercio y me dediqué a la literatura, porque ésta era en mí vicio irresistible, iniciado aún antes de dejar Vizcaya. Y de este vicio me hubiera dejado arrastrar aun sabiendo lo que ahora sé y entonces ignoraba, o sea que a principios de 1889 se puede decir en España lo que «Fíguro» decía en 1836, o sea que la literatura es aquí un modo de vivir con que no se puede vivir. Hacia 1851 publiqué mis primeros libros, que fueron el «Cid Campeador» y el «Libro de los Cantares», que me valieron dos mil reales cada uno, y aún el segundo me costó años después algunos miles de reales, para reivindicar su propiedad literaria, que el editor entendía haberlo vendido por completo y no, como yo entendía, por una sola edición.

En 1853 entré en la redacción de «La Correspondencia Autógrafa de España», fundada por el Sr. D. Manuel María de Santana, y que algunos años después se hizo tipográfica, y permanecí allí hasta 1862, publicando en este tiempo varios libros, entre ellos los «Cuentos Populares», «Cuentos Campesinos» y los «Cuentos de Color de Rosa». Así se expresaba el popular escritor eúskaro dos meses antes de morir.

Luego, más tarde, ya en su tierra bilbaína, fué nombrado Cronista Oficial y Archivero del Señorío de Vizcaya, aunque seguía colaborando asiduamente en multitud de revistas y periódicos de toda España. También dirigió dos páginas literarias de «El

Escritores del Norte, en Madrid

TRUEBA, poeta y novelista

Vivió y triunfó
en la capital



Noticiero Bilbaíno», hoja entonces muy leída en el Norte.

Publicó muchos libros, como poeta y como novelista, como los titulados: «Fábulas», 1850; «El Libro de los Cantares», 1851; «El Cid Campeador», 1851; «Cuentos de Color de Rosa», 1859; «Cuentos Campesinos», 1860; «Cuentos Populares», 1862; «La Paloma y los Halcones», 1865; «Cuentos de Varios Colores», 1866; «Cuentos de Vivos y Muertos», 1866; «El Gabán y la Chaqueta», 1872; «Mary-Santa», 1874; «Cuentos del Hogar», 1875; «El Redentor Moderno», 1876; «Historia de Bilbao», 1878; «Madrid por fuera», 1878; «Arte de hacer versos», 1881, y «De Flor en Flor», 1882, sin que registre más títulos la bibliografía de Trueba, publicada en «Euskalerriaren Alde», ni en la edición de las Obras Completas del editor Rubiños.

Todos los relatos y cuentos de Trueba puede decirse que fueron esbozados en las páginas de los periódicos y de una manera especial en semanarios y revistas de la época, ya que su estilo, sencillo y emotivo, iba muy bien en ellos.

El Padre Blanco García dice de Antonio de Trueba que «nació con la más ardiente y decidida vocación para el género, y con todas las dotes que exige, alma impresionable y soñadora, delicadeza, ternura e intensidad de sentimientos, candidez ingenua y como de niño, amor inagotable y vehemente hacia aquella bendita región, cuya belleza ha sabido trasladar tan primorosamente a sus narraciones. Por sus coplas, cuentos y romances, los bilbaínos conocían a Trueba por «Antón, el de los Cantares»; poseía una pluma dócil e incansable; de ahí su fecundidad, ayudada por un ingenio natural, aunque poco cultivado». El historiador y crítico antes citado señala también que «Trueba fué antes que nada el felicísimo intérprete de un gran pueblo, donde viven todas las virtudes domésticas y patriarcales, todo el aliento de una raza virgen e indomable, todos los tesoros de una vida cristiana en su más alto grado de pureza».

Por su parte, Hurtado y Palencia afirman que «su estilo es llano y desaliñado; su léxico, escaso; los tipos, caracteres y paisajes están bien observados, pudiendo considerársele como el precedente de un realismo local de una Pereda y una ampliación de los cuadros de costumbres de «Fernán Caballero». No creemos que merezca la acerba censura de algún crítico por excesiva sensiblería y ñoñez, y sin negar algo de esto, tampoco exaltamos, como otros, el valor de este escritor, en el que brilla más la bondad que la poesía, más el candor que el propósito intencionado de sus cuentos».

Por su parte, don Ángel Valbuena Prat, certifica que Trueba, que es un romántico de lo meliflúo, produce series de cromos ingenuos, de un optimismo bobalicón, pero con bellos detalles descriptivos. Cuando el alma ñona del autor no comenta, «ya sea él mismo o por medio de sus personajes», la habilidad del narrador posee encanto y finura.

Se salva porque ve siempre a Dios en los campos, tal y como lo veía el pintor paisajista francés Juan Francisco Millet, y por ser su estilo una reacción saludable contra la literatura pesimista de su tiempo.

Enfocado ya Antonio de Trueba en todos sus aspectos, pero singularmente en el narrativo y de sencillo acento periodístico, pasemos a transcribir lo que él mismo dice en las «Notas autobiográficas» de sí mismo, Memorias que publicó poco antes de su muerte, a 30 de enero de 1889, en «La Ilustración Española y Americana». Merece la pena, por reflejar su vida de una manera casi fotográfica, y

dicen así: «No sé quién ha dicho que son verdaderamente dichosos los pueblos que no tienen historia». Si esto reza también con las personas, yo debo ser muy dichoso, porque, mirada mi vida por fuera, casi es la más vulgar e inhistoriable de los mortales.

Mi partida de bautismo dice que nací en la Nochebuena de 1819; pero tengo razones particulares que omito, hasta por la futilidad del asunto, para que crean que soy un año o dos menos viejo.

El lugar de mi nacimiento fué Montellano, feligresía del Concejo de Galdames, en las Encartaciones de Vizcaya, de donde era mi pobre madre, Marta de la Quintana, y me llevaron de un año al inmediato Concejo de Sopuerta, en cuyo barrio de Santa Gadea, de donde era mi padre, Manuel de Trueba, me crié y anduve a la escuela, siendo mis maestros don José de Sargaminaga y don Tomás de Santacoloma, el primero de los cuales ha prolongado su vida hasta los 89 años, felicidad que su discípulo le envidia, aunque Dios sabrá lo que se hace si no se la otorga.

Cuando se cubrían de hojas las arboledas que cercaban nuestra casería de Santa Gadea, y de flores que daban sombra a la fuente inmediata, y mirlos y malvises se deshacían en cánticos amorosos en aquellas umbrías, yo sentía que algo extraordinario me «andaba por dentro», y experimentaba una mezcla singular de alegría que no acertaba a explicarme. Cuando en día de fiesta iba yo a Montellano, y en el campo de las casas se armaba baile que dirigía mi prima Pepa, gran tañedora de pandereta y cantadora, mi prima me hacía ponerme a su lado y me apuntaba asuntos de cantares que yo reducía a verso. Poco después, Trueba añade: «A la edad de quince años, con motivo de tener la guerra civil trazas de durar algunos más y andar los carlistas a vueltas con que ya tenía yo la talla, me enviaron a Madrid mis padres; aunque los callos que tenía en las manos y el miñón o polvo rojo del mineral de hierro que tenía en la ropa, probaban que les hacía falta para que les ayudara a manejar la azada y las layas, y andar «a la venera» con mi mulita.

En el comercio de ferretería, primero; en la calle de Toledo, número 81, y luego en la de Esparteros, número 11, permanecí cosa de diez años, aprovechando el poco tiempo que me dejan libre el trabajo y el sueño para echar algún añadido a lo que había aprendido en la escuela y castañares de Sopuerta.» Completando estos datos autobiográficos conviene señalar aquí que Antonio de Trueba casó en 1859 con Teresa de Prado, de la cual enviudó en 1883, dejándole al afligido escritor una hija llamada Ascensión, la cual casó más tarde con don Julián Irurozquí, abogado, procedente de una distinguida familia de Pamplona. En 1862 nombraron a Trueba, bajo el árbol de Guernica, Archivero y Cronista Oficial del antiguo señorío de Vizcaya. Como tal, publicó dos tomos, creo que fué su última obra, bajo el título de «Leyendas genealógicas de España», y un «Bosquejo de la Organización Social de Vizcaya», que en la Exposición de París obtuvo mención honorífica a favor de las provincias vascongadas.

Hoy, que Antonio de Trueba yace en el olvido más impenetrable, hemos querido dedicarle este recuerdo, deshilvanado y corto por falta de espacio, para que al menos tengan una idea de como fué este poeta y cuentista eúskaro las actuales generaciones, ejerciendo, al mismo tiempo que otros cargos, el de redactor y colaborador asiduo de periódicos importantes.

J. S. y D.